

Amor Divino

Cualquier tema presentado a un auditorio consciente debe estar fundamentado con pruebas racionales y argumentos lógicos. Las pruebas son de cuatro clases: Primera – La percepción de los sentidos. Segunda – La facultad de razonamiento. Tercera – La tradicional o autoridad de las Escrituras. Cuarta – La inspiración. Es decir, que hay cuatro criterios o normas de juicio, con las cuales la mente humana alcanza sus conclusiones. Primeramente consideramos el criterio de los sentidos. Esta norma es la que sostienen los filósofos materialistas del mundo. Ellos creen que cualquier cosa que es perceptible a los sentidos es una realidad, una certidumbre y sin duda es existente. Por ejemplo, dicen ellos: “Aquí está una lámpara que ustedes ven, y como es perceptible al sentido de la vista, no se puede dudar de su existencia. Allí hay un árbol; el sentido de la visión os asegura de su realidad, la cual está más allá de toda duda. Este es un hombre; ustedes lo ven, por lo tanto existe”. En una palabra, todo aquello que es confirmado por los sentidos se acepta como una cosa fuera de duda, como producto de cinco multiplicado por cinco, no puede ser veintiséis, ni menos de veinticinco. Consecuentemente los filósofos materialistas consideran el criterio de los sentidos el primero y el más importante.

Pero en la estimación de los Filósofos Divinos esta prueba o seguridad no es digna de confianza; no, Ellos creen más bien que la norma de los sentidos es falsa, porque es imperfecta. Por ejemplo, la vista es uno de los sentidos de mayor importancia; pero está sujeta a muchos errores e incorrecciones. La vista percibe el espejismo de un mar en el desierto; mira imágenes en un espejo como realidades, cuando sólo son reflejos. Un hombre que navega en un río, imagina que los objetos sobre las orillas se están moviendo, siendo así que es él el que se mueve y los objetos están fijos. A simple vista parece que la tierra estuviera fija y que el sol y las estrellas giraran alrededor de ella, siendo así que las órbitas celestiales son fijas y que la tierra gira alrededor de su eje. Los colosales soles, planetas y constelaciones que brillan en los cielos y que parecen tan pequeños, tan infinitesimales al ojo humano, son en realidad inmensamente superiores a la tierra en dimensiones y volumen. Una chispa que gira semeja un círculo de fuego. Hay un sin número de fenómenos de esta clase que muestran el error y la inseguridad de los sentidos. Es así, que los Divinos Filósofos han considerado esta forma de juicio como defectuosa e insegura.

El segundo criterio es el referente al intelecto. Los filósofos antiguos, en particular, lo consideraban como el más importante elemento de juicio. Entre los

sabios de Grecia, Roma, Persia y Egipto el criterio de prueba verdadero era la razón. Sostenían que cualquier cuestión sometida a la facultad del razonamiento podía ser probada, verdadera o falsa y, consecuentemente, aceptada o rechazada. Pero en la estimación de la gente de discernimiento, este criterio es asimismo defectivo e inseguro, porque estos mismos filósofos, que se sostenían en la razón o en el intelecto como una norma de juicio humano, han diferido ampliamente entre ellos, sobre cada tema de investigación. Las conclusiones de los filósofos griegos están en contradicción con los de los sabios persas. Aun entre los filósofos griegos hay continua variación y falta de entendimiento sobre cualquier tema estudiado. Una gran diferencia de pensamiento prevalece también entre los sabios de Grecia y Roma. Es así que si el criterio de la razón o intelecto constituye un correcto e infalible criterio de juicio, aquellos que lo usaron y aplicaron deberían haber llegado a las mismas conclusiones. Como ellos difieren y se contradicen en sus opiniones, es una evidencia que los métodos y normas de prueba son defectuosos e insuficientes.

El tercer criterio o norma de prueba es la tradición o autoridad de las Escrituras; es decir, que cualquier exposición o conclusión debería estar apoyada por la tradición inscrita en ciertos Libros religiosos. Aun si tenemos que considerar a los Libros sagrados – los Libros de Dios – deberíamos preguntar, ¿quién penetra el conocimiento de estos Libros? ¿Por medios de que autoridad o explicación los comprenderemos? Debe ser la autoridad de la razón humana y si la razón o el intelecto se encuentran incapaces de explicar ciertas cuestiones, o si los poseedores del intelecto se contradicen en la interpretación de las tradiciones, ¿cómo podría confiarse en tal criterio, para sus exactas conclusiones?

La cuarta norma es la de la inspiración. En los pasados siglos, muchos filósofos han profanando la Revelación o iluminación, anteponiendo a sus declaraciones al anunciar que “esta materia ha sido revelada por mi intermedio” o “así yo hablo por la inspiración”. De esta clase fueron los filósofos ‘iluminados’. La inspiración es la incitación o susceptibilidad del corazón humano. Estas incitaciones del corazón son algunas veces satánicas. ¿Cómo podríamos diferenciarlas? ¿Cómo podríamos decir que una declaración dada es una inspiración o incitación del corazón debido a una asistencia misericordiosa o a través de una agencia diabólica?

Consecuentemente se ha tornado evidente que los cuatro criterios o normas de juicio por medio de los cuales la humanidad alcanza sus conclusiones son defectuosas e inseguras. Todas ellas pueden conducir al equivoco o al error en sus conclusiones. Pero una declaración presentada a la mente y acompañada de pruebas que los sentidos perciben ser correctas, que la facultad de razonamiento puede aceptar y que está de acuerdo con la autoridad tradicional y sancionada

por la intuición del corazón, puede ser juzgada y confiarse en ella como perfectamente correcta, porque ha sido probada y aceptada por todas las normas de juicio y se la ha encontrado completa. Si sólo aplicamos una norma hay probabilidad de error. Esto es evidente en sí mismo y manifiesto.

Consideremos ahora el asunto del “Amor” que ha sido sugerido y lo someteremos a las cuatro normas de juicio y así llegaremos a nuestras conclusiones.

Declaramos que el Amor es la causa de la existencia de todos los fenómenos y que la ausencia de amor es la causa de la desintegración y de la no existencia. Amor es la Dádiva consciente de Dios, el lazo de adaptación de todos los fenómenos. Consideremos primeramente la prueba de ello a través del sentido de la percepción. Al contemplar el universo observamos que todos los cuerpos compuestos o los seres existentes están hechos principalmente de elementos simples estrechamente unidos por el poder de la atracción. A través de este poder de atracción la cohesión se hace manifiesta entre los átomos de estos elementos componentes. El ser resultante es un fenómeno de un tipo eventual inferior. El poder de cohesión expresado en el reino mineral es en realidad amor o afinidad manifestado en un grado inferior de acuerdo a las exigencias del mundo mineral. Ascendamos un paso más al reino vegetal, donde encontramos que un incremento en el poder de atracción se ha hecho manifiesto entre los elementos componentes que forman el fenómeno. A través de este grado de atracción una mezcla celular se produce entre estos elementos que constituyen el cuerpo de la planta. Es así que en el grado del reino vegetal hay amor. Al entrar al reino animal encontramos el poder de atracción ligando los elementos simples como en el mineral más la mezcla celular de los vegetales, más los fenómenos de los sentidos y susceptibilidades. Observamos que los animales son sensibles a ciertas afinidades y compañerismo y que ellos ejercitan una selección natural. Esta atracción elemental, esta mezcla y selectiva afinidad es amor manifestado en el grado del reino animal.

Finalmente, llegamos al reino humano. Como éste es el reino superior, la luz del amor es más resplandeciente. En el hombre encontramos el poder de atracción entre los elementos que componen su cuerpo material, más la atracción que produce mezcla celular o poder aumentativo, más la atracción que caracterizan las sensibilidades del reino animal y aun más y por encima de estos poderes inferiores, descubrimos en el ser humano, la atracción del corazón, las susceptibilidades y afinidades que ligan a los hombres entre sí permitiéndoles vivir y asociarse en amistad y solidaridad. Es por tanto evidente que en el mundo de la humanidad, el gran rey y soberano es el amor. Si este amor fuera

extinguído, el poder de atracción borrado y la afinidad de los corazones humanos destruida, el fenómeno de la vida humana, desaparecería.

Esta es una prueba perceptible a los sentidos, aceptable por la razón, de acuerdo con las tradiciones y enseñanzas de los Libros sagrados y verificados por los impulsos del corazón humano. Es una prueba sobre la cual podemos tener absoluta confianza y podemos declararla completa. Pero éstos son solamente grados de amor que existen en el mundo natural o físico. Sus manifestaciones están siempre de acuerdo con los requerimientos de condiciones y normas naturales.

El verdadero Amor es el que existe entre Dios y Sus servidores, el Amor que liga las almas santas. Este es el Amor del mundo espiritual, y no el amor de los cuerpos y organismos físicos. Por ejemplo, considerad y observad como los Dones de Dios descienden sucesivamente sobre los humanos; como los Resplandores Divinos siempre brillan sobre el mundo humano. No hay duda que estos Dones, estas Bondades, estos Resplandores emanan del Amor. A menos que el Amor sea el Motivo Divino es imposible para el corazón del hombre alcanzarlo o recibirlo. A menos que el Amor exista, las Bendiciones Divinas no podrán descender sobre ningún objeto o cosa. A menos que haya Amor el receptáculo de los Resplandores Divinos no podría irradiar y reflejar esa efulgencia sobre otros objetos. Si somos de aquéllos que percibimos, comprenderemos que las Bondades de Dios se manifiestan continuamente como los rayos del sol que sin cesar emanan del centro solar. El mundo de los fenómenos a través de los resplandores del sol es radiante y claro; asimismo el reino de los corazones y espíritu está iluminado y revivido por intermedio de los brillantes rayos del Sol de la Realidad y de las Bondades del Amor de Dios. De este modo el mundo de la existencia, el reino de los corazones y espíritus es resucitado a la vida. Si no fuera por el Amor de Dios, los corazones estarían inanimados, los espíritus se marchitarían y la realidad del hombre estaría desprovista de los Dones Eternos.

Considerad cuán extensamente el Amor de Dios se manifiesta. Entre los signos de Su Amor que aparecen en el mundo, están los Puntos de Alborada de Sus Manifestaciones. ¡Cuán infinito grado de Amor está reflejado por las Divinas Manifestaciones hacia la humanidad! Por el motivo de guiar a los pueblos, han sacrificado voluntariamente Sus vidas para resucitar los corazones humanos. Han aceptado la cruz para permitir a las almas humanas alcanzar el supremo grado de avance; Ellos han sufrido durante Sus limitados años extremas pruebas y dificultades. Si Santidad Jesucristo no hubiera poseído Amor por el mundo de la humanidad, seguramente Él no hubiera condescendido al sacrificio de la cruz. Él fue crucificado por el Amor de la humanidad. Considerad

el infinito grado de aquel Amor. Sin el Amor por la humanidad San Juan, el Bautista, no hubiera ofrecido su vida. Ha pasado lo mismo con todos los Profetas y almas santas. Si Su Santidad, El Báb no hubiese manifestado Amor por la humanidad no habría ofrecido su pecho a la metralla. Si Su Santidad Bahá'u'lláh no hubiera estado inflamado con el Amor por la humanidad, no habría aceptado cuarenta años de encarcelamiento.

Observad cuán raramente las almas humanas sacrifican su placer o comodidad por otros; cuán improbable que el hombre ofreciera sus ojos o permitiera ser desmembrado por el beneficio de otro. Sin embargo, todas las Manifestaciones Divinas sufrieron, ofrecieron Sus vidas y sangre, sacrificaron Sus existencias, comodidades y todo cuanto poseían por el beneficio de la humanidad. Vale considerar cuanto amaron. Si no fuera por Su Amor a la humanidad, el Amor espiritual sería sólo una mera nomenclatura. Si no fuera por Su iluminación las almas humanas no serían radiantes. ¡Cuán efectivo es Su Amor! Este es un signo del Amor de Dios; un rayo del Sol de la Realidad.

Por lo tanto, debemos alabar a Dios, porque es la luz de Su Bondad que ha brillado sobre nosotros a través de Su Amor que es eterno. Sus Divinas Manifestaciones han ofrecido Sus vidas por Amor hacia nosotros. Considerad entonces, lo que significa el Amor de Dios. Si no fuera por el Amor de Dios, todos los espíritus estarían inanimados. Ello no significa la muerte física, no, más bien es aquella condición, relacionada con la cual Su Santidad Jesucristo declaró: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos, porque aquello que nace de la carne es carne y aquello que nace del espíritu es espíritu”. Si no fuera por el Amor de Dios, los corazones no estarían llenos de luz. Si no fuera por el Amor de Dios el sendero del Reino Divino no estaría abierto. Si no fuera por el Amor de Dios, los Libros Sagrados no se habrían escrito, ni revelado. Si no fuera por el Amor de Dios, los Divinos Profetas no habrían sido enviados al mundo. El fundamento de todos estos Dones es el Amor de Dios. Es así que en el mundo humano, no hay un poder más grande que el Amor de Dios. Es el Amor de Dios que nos ha congregado aquí esta noche. Es el Amor de Dios que ha resucitado el mundo. Debemos ofrecer gracias a Dios, porque tan gran Don y Resplandor nos haya sido revelado.

Hemos llegado a otro aspecto de nuestro tema. ¿Están los efectos y trabajos del Amor confinados a este mundo o ellos se extienden más allá, a otra existencia? ¿Su influencia afectará nuestra existencia solamente aquí o se extenderá a la vida eterna? Al contemplar el reino humano observamos prontamente que es superior a todos los otros. En el mundo de la existencia hay cuatro grados o reinos que muestran la diferenciación de estados de vida; el mineral, vegetal, animal y humano. El reino mineral posee cierta virtud que

llamamos cohesión. El reino vegetal posee propiedades cohercitivas más el poder del crecimiento o aumento. El reino animal posee las virtudes del reino mineral y vegetal más el poder de los sentidos. Pero, el animal, sin embargo de estar dotado de sensibilidades, está desprovisto de conciencia, absolutamente fuera de contacto con el mundo consciente y espiritual. El animal, no posee poderes por medio de los cuales él puede hacer descubrimientos que descansan más allá del reinado de los sentidos. No tiene poder de una original inteligencia. Por ejemplo, un animal situado en Europa no es capaz de imaginar el continente americano. Él comprende, solamente, los fenómenos que se encuentran dentro del alcance de sus sentidos e instintos. Él no puede razonar sobre ninguna cosa. El animal no puede concebir la esfericidad de la tierra y su movimiento alrededor de su eje. No puede comprender que las diminutas estrellas que pueblan los cielos, son inmensos mundos ampliamente más grandes que la tierra. El animal no puede concebir el intelecto. Él está desprovisto de todos estos poderes. Es así, que estos poderes son peculiares al hombre y se hace evidente que en el reino humano hay una realidad que el animal no la posee. ¿Cuál es esa realidad? Es el espíritu del hombre. Por él, el hombre se distingue muy por encima de los otros reinos. Además de que posee todas las virtudes de los reinos inferiores, él está dotado, también, con la facultad espiritual, la gracia celestial de la conciencia.

Todos los fenómenos materiales están sujetos a la naturaleza. Todos los organismos materiales son cautivos de ella. Ninguno de ellos puede desviarse en lo más mínimo de sus leyes. La tierra, estas grandes montañas, los animales con sus maravillosos poderes e instintos, no pueden ir más allá de sus limitaciones naturales. Todas las cosas son cautivas de la naturaleza, excepto el hombre. El hombre es el soberano de la naturaleza; él rompe o viola las leyes naturales. A pesar de ser un animal hecho por la naturaleza para vivir en la superficie de la tierra, él vuela por los aires como un pájaro, navega los océanos y se sumerge bajo las aguas en submarinos. El hombre está dotado de un poder con el cual él penetra y descubre las leyes naturales, las trae del mundo invisible al plano visible. La electricidad fue, hace un tiempo, una fuerza latente de la naturaleza. De acuerdo a leyes naturales debería permanecer secreta pero el espíritu del hombre la descubrió, la trajo de su oculto depósito e hizo visibles sus fenómenos. Es evidente y manifiesto que el hombre es capaz de romper las leyes naturales. ¿Cómo lo hace? Por intermedio de un espíritu la cual el versículo del Antiguo Testamento se refiere, cuando establece que el hombre ha sido creado “A imagen y semejanza de Dios”. Sólo el espíritu del hombre penetra las realidades de Dios y participa de las Bondades divinas.

'Abdu'l-Bahá, Fundamentos de Unidad Mundial, p. 147
